

JOHN QUINCY ADAMS, ¿DEFENSOR DE MÉXICO?

Frank A. KNAPP, JR.

EN LOS AÑOS que precedieron al estallido de la guerra entre México y los Estados Unidos, John Quincy Adams fue proclamado por los mexicanos como el campeón yanqui de sus derechos de soberanía sobre el territorio de Texas. Al mismo tiempo, los ciudadanos de México aplicaban un abundante surtido de epítetos ponzoñosos a gran número de políticos prominentes de los Estados Unidos, en particular sureños.

La excepcional popularidad de que gozó Adams al Sur del río Bravo se debió inicialmente a un famoso discurso que pronunció durante tres horas ante sus electores en la población de Braintree, Massachusetts, en septiembre de 1842. En esta proclama política expuso brillantemente (aunque falsificando un tanto los hechos) los elementos esenciales de una doctrina que de ahí en adelante se llamaría la tesis *whig* norteña de la Guerra. Afirmó que los esclavistas del Sur habían emigrado a Texas con el propósito último de robarle esta provincia a su legítimo dueño, México; que los colonos de Texas se habían levantado en armas únicamente a causa de que el gobierno mexicano había decretado la abolición de la esclavitud; y, finalmente, que los intereses esclavistas del Sur estaban luchando por anexar el territorio texano a los Estados Unidos, lo cual no era sino la fase final de una intriga tendiente a acrecentar su influencia política.¹

Estas declaraciones, aplaudidas calurosamente en Massachusetts, Estado abolicionista, coincidían con la opinión que se tenía en México acerca del problema de la anexión, y venían a dar a esta opinión un sello de gran autoridad. Adams, ex presidente y secretario de Estado de una nación que aparecía como agresora, resultaba ser un apoyo fortísimo de la posición mexicana en Texas.

Con anterioridad a 1842, los discursos de Adams en contra de la expansión territorial norteamericana casi no habían llamado la atención en México. Es verdad que su primer discurso importante contra la anexión, pronunciado en la Cámara de Representantes en 1836, se imprimió en México,² y que algunos de los discursos que dijo dentro y fuera del Congreso se tradujeron en la prensa mexicana.³ Pero el discurso de Braintree vino a tomar una significación peculiar a causa de los acontecimientos que más tarde ocurrieron. En efecto, unas pocas semanas después, el comodoro Thomas ap Catesby Jones, comandante del Escuadrón Naval del Pacífico, ocupó la población de Monterey (California), sin tener autorización para ello. Este incidente provocó la indignación de los mexicanos, intensificó su actitud de suspicacia para con el vecino del Norte y dio un relieve marcadísimo al discurso de Adams. Son muy significativas las siguientes palabras de Waddy Thompson, embajador de los Estados Unidos en México, con las cuales explica las dificultades que ha tenido para suavizar el estado de irritación que reinaba en México a causa del desembarco de los norteamericanos en Monterey: "Están publicando en todos sus periódicos el discurso que pronunció el señor Adams en Massachusetts, lo cual produce los más perjudiciales efectos, pues confirma todas sus infundadas sospechas contra nosotros."⁴

A partir de este momento, los discursos de Adams y sus demás actos públicos, en particular los que tenían algo que ver con la anexión, fueron seguidos con agudo interés por los políticos y por la prensa de México. Adams vino a ser una especie de héroe. Por ejemplo, el embajador de México en Washington, general Juan N. Almonte, publicó un folleto en español y en francés, basado en las declaraciones del discurso de Braintree. Adams anotó en su diario que este documento iba a enviarse "a las principales ciudades de las distintas repúblicas sudamericanas para que fuera conocido en ellas".⁵ También en la prensa mexicana se tradujeron con gran frecuencia muchos pasajes de sus "heroicos discursos abolicionistas", así como las opiniones que expresaba acerca de la cuestión texana. Los editorialistas citaban sus observa-

ciones "favorables" como si se tratara de una verdad irrefragable, y alguien llamó la atención sobre esta constante publicidad de las palabras del ex presidente norteamericano.⁶ Su nombre solía ir acompañado de frases elogiosas (caso muy poco frecuente en estos años, tratándose de un político yanqui), como "el filantrópico Mr. Adams",⁷ "el respetable John Quincy Adams"⁸ o "el célebre John Quincy Adams".⁹ En cierta ocasión, hasta una carta personal de Adams llegó a publicarse en un periódico mexicano. Esta carta, en la cual hablaba de su infatigable lucha contra el esclavismo y contra el anexionismo, sirvió para refrescar el recuerdo de su lucha en favor de los intereses de México en Texas.¹⁰

Otra circunstancia que vino a engrandecer la estatura de Adams en México fue el haber sido él quien redactó la resolución del Congreso en la cual se pedía al presidente Tyler que pusiera a disposición del Comité de Asuntos Extranjeros del mismo Congreso toda la correspondencia relativa a la desatentada ocupación de Monterey (California) por las fuerzas del comodoro Jones.¹¹ Por lo menos dos periódicos de la ciudad de México publicaron notas en las que se subrayaba el papel desempeñado por Adams en este asunto.¹²

Hubo algunos mexicanos que llegaron a pensar que la habilidad política y la influencia de Adams eran lo bastante fuertes para anular las tendencias anexionistas que se manifestaban en el Congreso de los Estados Unidos. El *Diario del Gobierno*, órgano oficial, dijo alguna vez en un artículo editorial que, mientras fuera Adams el caudillo de la oposición en el seno del Congreso norteamericano, la soberanía mexicana sobre Texas se hallaba segura.¹³ *El Siglo XIX*, el principal de los diarios liberales de entonces, manifestaba una fe igualmente firme en Adams y en los amigos que éste tenía en la Cámara de Representantes.¹⁴ El embajador de México, Almonte, se mostró convencido asimismo de la fuerza política del ex presidente, tras una entrevista personal que tuvo con él en los últimos días del año 1843.¹⁵

LA INFLUENCIA de Adams sobre la opinión oficial mexicana quedó de manifiesto en los días en que la cuestión de Texas

se acercaba a su desenlace. A fines de 1844, el secretario mexicano de Relaciones Exteriores, Manuel Crescencio Rejón, intercambió con el ministro norteamericano, Wilson Shannon, una serie de notas de tono bastante acre acerca de los planes anexionistas de los Estados Unidos. Ahora bien, el mensaje enviado por Rejón el 31 de octubre, una de las más elocuentes síntesis de la posición mexicana, copiaba y adaptaba, evidentemente, muchas frases del discurso pronunciado por Adams en Braintree. Al trazar la evolución histórica de las relaciones mexicano-norteamericanas en cuanto a la cuestión de Texas, Rejón observaba: "La historia nos suministra todos los datos apetecibles para demostrar que la independencia de Texas es obra del gobierno y de los habitantes sureños de los Estados Unidos. . ." Y esto ¿para qué? Para usurpar territorio mexicano. Los colonos angloamericanos se han trasladado a Texas —proseguía Rejón—, "no para permanecer sujetos a la República Mexicana, sino para anexar ese territorio a su país nativo, fortaleciendo de este modo la institución peculiar de los Estados sureños y abriendo una nueva región al execrable sistema de la esclavitud de los negros". En una palabra —concluía—, la revolución texana no ha sido otra cosa que la fase preliminar de un proceso cuya meta última es la anexión.¹⁶

En una segunda nota que siguió a la réplica de Shannon, Rejón subrayaba la idea de que México establecía una clara distinción entre la mayoría de los habitantes de los Estados Unidos y los elementos sureños que habían fomentado la revuelta de Texas. En seguida reconocía que "varias personas distinguidas, como Adams y Clay, han dado [a México] pruebas de la injusticia de la causa [de los Estados Unidos]".¹⁷ Es posible que Rejón tuviera sobre su mesa, en el momento de redactar estas notas, un ejemplar del folleto de Almonte en que se traducía el discurso de Braintree. En un tercer mensaje, fechado a 21 de noviembre, citaba expresamente este famoso discurso y hacía no menos de tres alusiones a determinadas frases de Adams que corroboraban sus argumentos.¹⁸

Para la cuestión de Texas, las declaraciones públicas de

Adams no eran sino una de las muchas fuentes norteamericanas que gozaban de amplia difusión en México y que en una o en otra forma contribuyeron a crear la convicción mexicana de que la anexión de Texas se identificaba punto por punto con la causa de la extensión de la esclavitud. Gran número de artículos publicados en la prensa de los Estados Unidos (en el Sur lo mismo que en el Norte), peticiones abolicionistas y otros papeles provocadores de agitación, declaraciones de figuras políticas de mayor o menor magnitud y muchos documentos de índole semejante no tardaban en circular al Sur del río Bravo. Por otra parte, los mexicanos no dejaban de recalcar el hecho de que el movimiento autónomo de Texas había coincidido con el decreto de abolición de la esclavitud promulgado en 1829. Sin embargo, las opiniones de Adams tuvieron siempre un sitio prominente, como las más autorizadas y las más capaces, si no de formar, sí de reforzar la inflexible política mexicana respecto de la anexión. Y no es esto todo. Adams parece haber contribuído en muy gran medida a la propagación, entre los historiadores mexicanos, de la "tesis *whig* norteaña" acerca de las causas de la Guerra. Esta tesis, bastante desprestigiada ahora entre los historiadores norteamericanos por su excesivo simplismo, fue aceptada a ojos cerrados por los escritores contemporáneos de los acontecimientos, y ha seguido dando el tono de la interpretación mexicana de la Guerra hasta nuestros tiempos.¹⁹

Los elogios prodigados a Adams por los mexicanos constituyen una faceta oscura e irónica en la carrera de un político famoso. La singularidad de su favorable acogida en la opinión mexicana resalta notablemente si se recuerdan las manchas que había en su expediente con anterioridad a 1830, manchas que, a primera vista, hubieran parecido imborrables. En efecto, siendo secretario de Estado durante la presidencia de Monroe, Adams se había señalado como el único de los miembros del gabinete que pidió que se agregara Texas a los territorios cedidos por España a los Estados Unidos en virtud del tratado de 1819. Después, siendo ya presidente, fue él quien nombró como primer embajador de los Estados

Unidos en México a Joel R. Poinsett, diplomático a quien los historiadores mexicanos han echado buena parte de la culpa de las luchas entre facciones y de las inquietudes revolucionarias de su país en las primeras décadas que siguieron a la independencia. También durante su administración presidencial, él y su secretario de Estado, Henry Clay, habían entablado negociaciones para la compra de Texas, delito tan grave para la mentalidad mexicana de la época, que no tenía perdón posible. Por último, Adams se hallaba íntimamente asociado a la doctrina Monroe, que llegó a ser considerada entre 1840 y 1850 como una política monopolista cuyo objeto era permitir a los yanquis apoderarse del territorio mexicano. A pesar de eso, el papel desempeñado por Adams en la Cámara de Representantes como campeón de la política anti-anexionista —o, más exactamente, como adversario de la extensión del esclavismo— fue lo bastante glorioso para borrar todas aquellas manchas.²⁰

Adams, por su parte, no sólo sabía la reputación de que gozaba en México, sino que se envanecía de ella. Se mostraba orgulloso de la “alta estima” en que los mexicanos tenían su discurso de Braintree, y, con evidente satisfacción, escribió en su diario, el 28 de diciembre de 1843:

El general don Juan N. Almonte, ministro plenipotenciario de México, me ha enviado un billete pidiéndome una entrevista personal con objeto de hacerme una comunicación, según órdenes que ha recibido. . . Vino, y me hizo entrega de una carta de instrucciones enviada a él por el señor Bocanegra, secretario mexicano de Relaciones Exteriores, con fecha 18 de marzo de 1843. En esa carta se ordena al general Almonte que, en una visita oficial, me haga saber el agradecimiento que tienen para conmigo el gobierno y el pueblo mexicanos por la honradez y la generosidad de mi conducta hacia México, tanto en el Congreso de los Estados Unidos como en las manifestaciones populares.²¹

La memoria de John Quincy Adams no se borró inmediatamente, aunque es verdad que su influencia no satisfizo las esperanzas que en ella se habían puesto. Varios años después de la Guerra, cuando se designó a Charles Francis Adams como enviado de los Estados Unidos ante la Corte de St.

James, el embajador de México en Washington, Matías Romero, supo identificar al punto a este diplomático, "hijo del célebre John Quincy Adams, que fue presidente de los Estados Unidos, y que con tanto fervor emprendió la defensa de México en los problemas que surgieron de la guerra de Texas".²²

NOTAS

¹ *Address of John Quincy Adams to his constituents of the twelfth congressional district of Braintree, September 17th, 1842* (Boston, 1842), en especial pp. 10-16. Puede verse un ejemplar de este folleto en la sección de libros raros (Rare Books Division) de la Library of Congress, Washington. Véase también Charles Francis ADAMS (ed.), *Memoirs of John Quincy Adams*, Filadelfia, 1874-77, t. 11, p. 252 y nota. Eugene C. BARKER, "The annexation of Texas", en *The Southwestern Historical Quarterly*, t. 50 (julio de 1946), p. 60.

² Worthington Chauncey FORD, "John Quincy Adams", en el *Dictionary of American biography*, t. 1, p. 88.

³ Véase, por ejemplo, *La Hesperia* (México), 22 de marzo de 1842.

⁴ Thompson a Webster (México, 5 de enero de 1843), en *Despatches from Mexico* (mss.), t. 11, The National Archives, Washington. En su discurso, Adams había declarado que Thompson, como representante de South Carolina en el Congreso, había sido "el más inveterado enemigo de México, y el más celoso e intrigante paladín... de la anexión de Texas" (cf. *Address... at Braintree*, p. 38).

⁵ ADAMS, *Memoirs*, t. 11, p. 340. Cf. Justin H. SMITH, *The war with Mexico*, Nueva York, 1919, t. 1, p. 111.

⁶ *El Pabellón Nacional* (México), 14 de noviembre de 1844. Uno de los discursos abolicionistas pronunciados por Adams en el Congreso se publicó en México en *El Siglo XIX*, 24 de enero de 1844. Debe haber otros casos.

⁷ *El Amigo del Pueblo* (México), 21 de agosto de 1845.

⁸ Manuel Crescencio Rejón a Wilson Shannon (México, 21 de noviembre de 1844), comunicación citada en otra de Shannon a Calhoun (México, 30 de noviembre de 1844), *Despatches from Mexico*, t. 12.

⁹ *Diario del Gobierno*, citado en *El Eco de la Justicia*, 15 de diciembre de 1843.

¹⁰ Carta de Adams a la señora Ana Quincy Thaxton (Quincy, Massachusetts, 29 de julio de 1844), publicada en *El Pabellón Nacional*, 19 de octubre de 1844.

¹¹ Véase el *Daily National Intelligencer* (Washington, D. C.), 2 y 3 de febrero de 1843, y ADAMS, *Memoirs*, t. 11, pp. 304-305.

¹² *El Eco de la Justicia*, 27 de octubre de 1843; *La Hesperia*, 8 de abril de 1843.

¹³ *Diario del Gobierno*, citado en *El Eco de la Justicia*, 15 de diciembre de 1843.

¹⁴ *El Siglo XIX*, 21 de enero de 1844.

¹⁵ James Morton CALLAHAN, *American foreign policy in Mexican relations*, Nueva York, 1932, p. 114.

¹⁶ Rejón a Shannon (México, 31 de octubre de 1844), comunicación citada en otra de Shannon a Calhoun (México, 12 de noviembre de 1844), *Despatches from Mexico*, t. 12.

¹⁷ Rejón a Shannon (México, 6 de noviembre de 1844), comunicación citada en la ya mencionada de Shannon a Calhoun.

¹⁸ Rejón a Shannon (México, 21 de noviembre de 1844), comunicación citada en otra de Shannon a Calhoun (México, 30 de noviembre de 1844), *ibid.*

¹⁹ Como ejemplos de los puntos de vista mexicanos que hacia esta época reflejaban la "tesis *whig*", véanse *El Siglo XIX*, 22 de marzo y 19 de mayo de 1845; *El Monitor Constitucional Independiente*, 20 de mayo de 1845; *El Comercio*, según cita publicada en *El Siglo XIX*, 8 de junio de 1844. La prensa mexicana reimprimió asimismo innumerables artículos publicados en periódicos norteamericanos, en los cuales se sostenía que la extensión del esclavismo era el motivo fundamental oculto tras la anexión de Texas. La sola enumeración de estos artículos nos suministraría un índice exactísimo de la opinión contemporánea. Entre los autores mexicanos de los siglos XIX y XX que suscriben la tesis *whig* podemos mencionar a José María ROA BÁRCENA, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848)*, ed. de México, 1947, t. 1, pp. 19-20, 341, 334-335; t. 2, p. 336, nota, y a Vicente FUENTES DÍAZ, *La invasión norteamericana en México*, México, 1947, p. 44.

²⁰ Shannon, embajador de los Estados Unidos en México, le recordó a Crescencio Rejón, secretario de Relaciones Exteriores, que había sido Adams el primero que intentó la compra de Texas, pero esto no pareció minar el prestigio del ex presidente. Carta de Shannon a Rejón (México, 8 de noviembre de 1844), citada en un despacho de Shannon a Calhoun (México, 12 de noviembre de 1844), *Despatches from Mexico*, t. 12. Hay que añadir que en la prensa mexicana aparecieron asimismo algunos artículos en que se hablaba de cómo Adams había abogado por que se incluyera a Texas en el Tratado de 1819 con España, y de cómo había intentado comprar más tarde ese territorio por mediación del embajador Poinsett (*El Siglo XIX*, 9 de febrero y 8 de junio de 1844).

²¹ ADAMS, *Memoirs*, t. 11, p. 442.

²² *Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención extranjera...*, México, 1870-92, t. 1, p. 324.